

C *JULIO* R  
O R T Á Z A



*Divertimento*

*Divertimento* (1949) es otra de las novelas que Cortázar dejó inéditas para su publicación póstuma. Al igual que en *El examen*, se imponen aquí la presencia de un grupo de amigos y el paisaje ineludible de Buenos Aires. El taller de Renato Lozano, pintor de impronta surrealista, es el punto de reunión del Vive como Puedas, una suerte de cenáculo delirante que preanuncia el célebre Club de la Serpiente de *Rayuela*. Allí surgirá, entre las polémicas sobre poesía, artes plásticas, música, política y sociedad, un misterio de connotaciones esotéricas que incluye a un mentalista, el fantasma de la mujer de Facundo Quiroga, una pesadilla y una pintura inexplicable. Jugada en paso de comedia, de pieza musical ligera, *Divertimento* insinúa exquisitamente el arte inigualable del Cortázar maduro.

I

## I

Hablo de un tiempo distante y ya cinerario, cuando éramos varios y vivíamos lo que digo aquí, un poco para los demás y casi todo para mis días feriados que relleno infatigable con palabras. La naranja se abre en gajos translúcidos que alzo al sol de una lámpara para ver entre la linfa del glóbulo sombrío de las semillas. De uno de los gajos salen los Vigil, ahora estoy con ellos y los otros en la casa de Villa del Parque donde jugábamos a vivir.

Jorge cultivaba la introspección, decía poemas automáticos con infaltable belleza. Aplastado contra la mesa de dibujo, el pelo entre papeles canson y carbonilla, murmuraba para sí las melopeas preliminares que lo ponían en trance.

—Está aceitando la bicicleta —me dijo Marta que escogía entonces la imagen violenta—. Vení a ver esta hermosura.

Me acerqué al ventanal que daba al oeste. El paisaje agronómico quedaba detrás de un toldo a rayas naranja y azul, pero alguien había cubierto un agujero rectangular por donde entraba el sol de las cuatro mezclado con pedazos de figuras y de nubes.

—Mirá desde aquí, es un Poussin fabuloso.

No era en absoluto un Poussin, más bien un Rousseau, pero la óptica de la tarde, el calor, algo en ese trozo de exterior calando por el toldo, le daba un relieve del que no podía uno escaparse. Inclinandome en el ángulo que me exigía Marta vi la razón de su maravilla. En un campo a tres cuadras, al borde mismo de la facultad de agronomía, un

montón de vacas pastaba a pleno sol, blancas y negras con infalible simetría. Tenían algo de mosaico y cuadro vivo, un ballet idiota de figuras lentísimas y obstinadas; la distancia impedía apreciar sus movimientos, pero fijándose con atención se veía cambiar poco a poco la forma del conjunto, la constelación vacuna.

—Lo fantástico es cómo caben dieciséis vacas en este agujerito —dijo Marta—. Ya sé lo de la distancia, etc. También con un dedo se tapa el sol, blah blah. Pero si te fiás solamente de tus ojos, por un momento solamente de tus ojos, y ves esa calcomanía purísima ahí lejos, todo perfecto el campo verde las vacas negras y blancas, dos juntas, otra más allá, tres en hilera y recortadas, lo estupendo es la irrealidad de esas figuras tarjeta postal.

—El marco del agujero ayuda a la ilusión —dije—. Cuando llegue Renato le podríamos pedir que lo pinte. Realismo mágico, dieciséis vacas celebrando el nacimiento de Venus en un amanecer tórrido.

—El título está bien, sin contar que sería la única manera de convencerlo a Renato que pinte algo que vemos los demás. Aunque su cuadro de ahora es bastante fotográfico.

—Bueno, sí. Pero fotográfico a la manera marciana o a través del ojo facetado de una mosca. Imaginate fotografiar la realidad a través de un ojo de mosca.

—Prefiero mis vaquitas. Miralas otra vez. Insecto, miralas otra vez. Lástima que Jorge duerma; hubiera sido bueno hacérselas ver.

Ya sabía yo lo que iba a pasar. Jorge movió convulsivamente un brazo, enderezándose a medias sobre la mesa de Renato. Estaba un poco pálido, miraba fijamente a su hermana.

—Escuchá, zonza, ya lo tengo. Oigan los dos, ahora va a empezar. La palabra es *menta*, todo nace de ahí, lo veo todo pero no sé qué va a ser. Ahora esperen, *la sombra de la menta en los labios, el origen sigiloso de ciertas bebidas que se degustan bajo luces de humo, tornan alguna vez co-*

*mo palabras y se agregan al recuerdo para no dejarlo andar solo bajo las antiguas lunas. («Buen poema», me dijo Marta al oído mientras escribía velocísima). Todo esto es vano, lo importante permanece en la actitud sobria de los edificios y las nubes bajas; sin embargo forma parte de vidas ya depositadas en el fondo de vasos secos, con huellas de labios en el borde donde el polvo del amanecer se decanta innumerable.*

*Así es como recuerdo un anís seco y penetrante bebido en una casa de la calle Paysandú; una aloja devorada por el alto calor de Tucumán, y una granadina flor de fuego en un café japonés de Mendoza. En esta tierra de profundos vinos la geografía está colmada de sabores rojos o áureos, mostos picantes de San Juan, botellas de Bianchi cuyano y breve gloria en fuste altísimo de los Súter legendarios. Este vino es un caracol andino, aquél una noche sin sueño y transcurrida de acequias, y el más amargo y humilde, el vino de almacén en calles de tierra y sauces crecidos, las orillas de Buenos Aires donde el hastío llama la sed.*

Jorge se detuvo para respirar ruidosamente, hizo un raro gesto con la boca.

—*También es justo inclinarse sobre la diáfana pequeñez de los aguardientes, que...* Mierda, ya no anda.

Se enderezó jadeando. El color le volvía a la cara, pero aún estaba ausente a medias. Se tiró en una silla.

—Demasiado espectáculo para tan poco —me dijo Marta—. Parece un catálogo de Arizu. Me gustaron más los de anoche, le salieron de golpe y perfectos. ¿Vos los conocés, Insecto?

—No.

—Se llaman «Poemas con osos blandos».

—Cada oso tendrá su reloj —dije maliciosamente—. También hay plagios automáticos.

—¿Y qué es un plagio, querés decirme? Hay que analizar la idea del plagio desde sus comienzos. ¿No ves mis vacas? Una plagia a la otra, dieciséis plagios en negro y blan-

co; el resultado, una estupenda tarjeta estilo idiota. Obra maestra.

—Marta, Marta... —canturreé yo con *M'appari*. Pero Jorge la miraba despacio, descomponiéndola en trozos; recuerdo que se quedó un segundo entero mirándole la hebilla del cinturón.

—¿Lo copiaste, Marta? ¿Qué era?

—Un tratado de enología, precioso mío. Pero ya sabés el convenio, no lo leerás hasta mañana. Los rompe, Insecto; una se los da, y el tipo encuentra que no son suficientemente geniales y los rompe.

—La brocha del silencio escribe para ti la palabra hija de puta —dijo Jorge pensativo—. Y ahora me dedicaré a las diagonales, el mate amargo, a descifrar la conducta de las coccinelas.

—Buen material —le dije con mi mejor ironía—. Curioso cómo ustedes los automáticos se trabajan con todo orden para la próxima sesión.

—Aceitan la bicicleta —dijo Marta.

—La gimnasia del corazón se compone de numerosos movimientos en balanceo y en salto abajo —observó Jorge, mirándome y sonriendo—. Bueno, basta de poesía. —Realmente era capaz de salir del trance y recomponerse en un momento. Hizo un par de flexiones de cintura y se acercó al ventanal. —¿Qué macaneaban ustedes sobre unas vacas?— Miró el trocito de paisaje y se puso serio. —Hay algo ahí. Constelación vacuna, placa microscópica, pulgas tobianas amaestradas. De todo. Tenías razón, Marta, es una estupenda tarjeta. ¿Se la mandamos al tío Tomás? «Con nuestros mejores recuerdos desde estos hermosos prados, los Vigil».

—Le gustan los versitos. Mejor uno de los tuyos.

—Bueno. «Desde estos hermosos prados, tus sobrinos abnegados».

—Excelente, se ve tu talento, tu osadía. Oíme, ¿puedo adelantar una sospecha?

—Sí. La respuesta es no.

—Jorge, vos acabás de dictarme ese poema.

—Vos lo copiaste porque se te dio la gana, aparte del convenio que tenemos.

—No te hagás el estúpido —murmuró Marta yendo a sentarse en el viejo sofá de Renato—. Sabés muy bien lo que quiero decirte. Ese poema ya estaba compuesto. —Miró de reojo las carillas—. En *esta tierra de profundos vinos...* Nunca decís cosas así, salvo que las pienses.

Jorge me miró haciendo una mueca.

—Las hermanas inteligentes, qué peste. Vos sos mi escriba, yo te doy lo que sabemos por cada poema que me copiás al vuelo. Está bien, admito que parte de esto estaba masticado. Los hago antes de dormirme, frases sueltas, cosas que vienen mezcladas con los fosfenos y los semisueños. Pero después hay que provocar el total, la puesta en marcha. ¿Vamos a hacer café, Insecto?

La cocinita estaba al lado del taller. Oíamos canturrear a Marta mientras poníamos el agua y Jorge, midiendo cucharadas de café, las precipitaba en un pañuelo que servía de colador.

—Qué bestia es Renato —dijo mostrándome el pañuelo—. Es capaz de repetir las inmortales hazañas de don Luis Molla, apotecario.

Los dos salmodiamos a coro:

*El boticario don Luis Molla  
Se lavaba la pija en una olla.  
Mas su esposa, ignorante por entero,  
Con el agua de la olla hizo un puchero.*

Y luego de una pausa majestuosa:

*Moraleja: Nunca digas  
DE ESTA AGUA NO BEBERÉ.*



—Cantamos notablemente —dijo Jorge—. ¿Oíste, Marta?

—Buen par de asquerosos, vos y el Insecto. Doble café para mí. Escriba fatigada requiere balones oxígeno suminístrasele auxilios Reuter.

—¿No llegaremos a un estilo así? —murmuró Jorge, colando el café con gravedad—. Fijáte en la economía, hasta la belleza de ciertas estructuras. Eso estuvo muy bien: Escriba fatigada requiere balones oxígeno. Los Vigil somos inteligentes. Yo, por ejemplo, advierto que Renato está medio loco desde hace una semana.

—Renato está algo más loco que antes de la última semana —mejoré.

—Renato es loco —dijo Marta desde fuera—. Les lleva esa ventaja a ustedes dos que son meramente estúpidos. La poesía de Jorge es poesía estúpida, y terminará por imponerse. Hay que cultivar la estupidez. Manifiesto de los Vigil, criaturas de excepción.

—Excepción el Africano —rió Jorge—. Llegado a Capua, Aníbal entregase a una vida de licencia desenfrenada. Las delicias de Capua, les dicen. Traducí eso a tu estilo, Marta.

—Llegado Capua Aníbal meta farra.

—Cinco palabras, tarifa reducida. Nuestro querido y difunto padre, el señor Leonardo Nuri, ¿habrá trabajado alguna vez en el correo? ¿Pensaba en un telegrama la noche en que te hizo?

—Yo pienso en Renato —dijo Marta—. Yo pienso que Renato está afligido, que no llega, que me gusta su cuadro.

## II

Me fui a bañar mientras esperábamos a Renato, y pensé en los Vigil con una fría atención. Era capaz de aislarlos como seres próximos a mí, hacer de ellos imágenes recortadas como las vacas del toldo. Pensé en Renato, que estaría llegando y se molestaría al encontrarme en su baño. Renato decía que los Vigil eran disolventes, que sumían a cualquiera en una atmósfera de dispersión; por eso los buscaba, y creo que también yo prefería su áspero cariño al de seres menos contaminados por la pureza. Marta, sobre todo, me asimilaba en seguida a su inocencia perversa llena de relámpagos horribles, a su clima donde la muerte era excluida hora a hora con exorcismos y acciones, pero no por eso menos presente en un rostro claro que la voluntad y el abandono modelaban alternativos. Renato no hallaría mejor modelo para sus cuadros, ni Jorge mejor escriba para sus poemas. Yo solamente estaba con ella, sin usarla, y comprendía que en el fondo era ella quien se alimentaba de mi salud más del lado del mundo, de mi persistente fe en una vida de ojos abiertos.

Jorge Nuri era distinto, en él la poesía cultivaba tierras inmensas en medio de un desorden que la técnica alentaba cada vez más. Aunque muchas veces no lo pareciera, era más fuerte que Marta, se retenía al lado de la salud con una naturalidad de la que él mismo no parecía darse cuenta. ¿Pero cómo hablar de ellos? Yo pensaba sin palabras, yo era también ellos y entonces me bastaba sentirme para penetrar profundamente en su manera de ser. Sólo después, al regreso de esa sumersión instantánea, med[í]a la distan-

cia; pero era una razón más para seguir con los Vigil, astuto discípulo atento.

Renato entró en el baño cuando yo acababa de secarme. Se metió en la ducha con un bufido de alegría, mirándome a través de los caireles que le chorreaban por el pelo y el pecho.

—No hay vez que no te encuentre usando mi ducha. Los Vigil dicen que lo hacés a propósito, para fastidiarme.

—Los Vigil son un par de perros. No te olvides de Heráclito, del oscuro Heráclito. Yo no uso tu ducha, mis treinta y cinco metros de hilos de agua tibia van ya camino del río.

—Ahorcate con ellos, Insecto. ¿Te quedás a comer? Marta está haciendo huevos fritos y hay carne fría no del todo podrida.

—Yo traje una lata de pulpos preparados a la manera de calamares. Son magníficos, los comés y al rato empezás a tener unos mareos impagables.

—Sos igual que ellos a la medida hora de llegar aquí. Gracias por los pulpos, haremos una ensalada. Uf, me pasé la tarde buscando unos colores. No hay nada en Buenos Aires.

—¿Pintás esta noche?

—Siempre pinto de noche, y quiero acabar la pesadilla.

—¿Lo vas a llamar así? —pregunté sorprendido, porque el cuadro de Renato venía despertándome la exacta sensación de una pesadilla lejana, imposible de ubicar en el tiempo pero extraordinariamente clara y persistente.

—No, es un decir. Le pondré un nombre con bastante literatura. Los Vigil cooperan.

—No hagás tonterías. Si hay algo que un cuadro no aguanta bien es el título. Fijate que termina siendo una especie de marco mental para la gente, mucho más durable y peligroso que el de madera.

—Día a día se perfeccionan tus imágenes —jadeó Renato con la cara rellena de jabón espeso—. El título no es importante pero un cuadro surrealista necesita del título como

explicación del trampolín que lo puso en marcha. Lo malo es que del trampolín no tengo sino una idea muy vaga, una mezcla de recuerdos, un despertar a medianoche con un miedo atroz, una especie de presentimiento del futuro.

—Supongo que con los anteriores te habrá ocurrido lo mismo.

—No, fijate que no. Por eso Marta se queja de que en este cuadro me ha ocurrido algo raro.

—¿Y se queja de eso? Hace un rato me dijo que le gustaba.

—Más bien parece inquietarse pero ella misma no encuentra explicación. No sé si sabés que Marta es una buena médium. Jorge la entrenó hace un par de años, después se desanimaron un poco.

—Jorge no sabe nada de espiritismo.

—Él no, pero Narciso sí. En aquella época andaban mucho con Narciso —dijo Renato, y de pronto se quedó enjabonado quieto a un lado de la ducha. Parecía pensar en algo, lo vi con un ojo mientras acababa de ponerme la camisa, le temps d'un oeil un/entre deux chemises—. Ahí tenés, en este momento me doy cuenta de que Narciso tiene algo que ver con el cuadro.

—¿Algo que ver?

—No sé, es raro... —Se hundió en la ducha, cortándola con la cara en alto y dejándose chicotear ruidosamente. Sacó los labios fuera de la cortina plateada y me miró veladamente—. Sí, ella era una buena médium. Una noche hizo salir a Facundo Quiroga, y otra a una tal Eufemia que dijo horrores del cielo. Ahora me parece que podrías ir a preparar los famosos pulpos. Decile a Jorge que venga, quiero verlo.

¿Quién era Narciso? Los huevos crepitaban tanto al freírse que no oímos el timbre, fue preciso que la hermana de Renato golpeará en la puerta para que fuésemos a abrirle.

—El día que no me olvide la llave iré a ver a ver un psicoanalista —me dijo muerta de risa. Traía naranjas, chocolate, *El Hogar* y un disco de Lena Horne. Marta había abandonado los huevos para curiosear los paquetes, y cuando volvimos a la cocina un humo acre salía del sartén. Pero Marta tiró todo a la basura y empezó de nuevo.

—Rallémosle chocolate encima —propuso—. ¿No creés que va a quedar bien, Insecto?

—¡Cómo no! Ponele encima una cucharadita de saliva y mucha canela.

Susana quería bañarse, pero la gritería entre Renato y Jorge era tal que renunció a echarlos del baño y vino a tender la mesa envuelta en su kimono violeta. Susana estaba poniéndose bonita como todos los veranos, el invierno se la llevaba con él y nos la devolvía la primavera hecha una calamidad, desvaída y tonta. Me fui a ayudarla a poner la mesa en el living de entrada, que se convertía a veces en comedor, y aproveché para preguntarle si sabía quién era Narciso.

—Sí, claro que sé. Un mago.

—Dígame algo más. Renato sabe mucho, pero no ha querido decirme.

—Es un mago que se hizo amigo de Jorge y Marta. Más bien de Jorge, se conocieron en el grupo V4, ¿se acuerda?

—Me acuerdo de un recital de poemas —dije—. Los V4 eran unos bestias, Jorge incluido. ¿Qué hacía ahí Narciso?

—Les completaba los recitales con sesiones de espiritismo. ¿Usted nunca fue, Insecto?

—Fui una vez, y no vi a Narciso. Es raro que los Vigil no me hablaran nunca de él.

—Creo que no les gusta hablar de Narciso —dijo Susana tirando el mantel al modo de Manolete—. Lo llevaron a su casa, y en esos días don Leonardo vivía y no estaba todavía muy convencido de que sus nenes eran un par de locos. De manera que Narciso fue y les hizo ver a Sara Bernhard. Don Leonardo asistió a la sesión y se llevó un julepe

tal que no quiso que la cosa siguiera. Entonces... Déme esos cubiertos, usted no ayuda nada.

—Hábleme de Narciso, Sú.

—Me gusta más hablar de don Leonardo. ¿Usted sabía que cuando se enteró de que la barra les decía «los Vigil» estuvo loco de rabia una semana? Fue entonces que se negó a recibir a Renato.

—Complejo de cornudismo latente —dije—. Los que no están seguros de su paternidad tienen especial interés en cuidar el apellido de los niños. ¿Y Narciso?

—Narciso no volvió, pero los Vigil iban a su casa. Fue entonces que él descubrió las condiciones de médium de Marta.

—¿Y ella hizo salir a Facundo Quiroga?

—Y a Eufemia —dijo solemnemente Sú.

Las comidas con los Lozano y los Vigil eran entonces una delicia. Nada estaba a punto, todos tenían dos cucharas y ningún tenedor, la sal llenaba siempre la azucarera. Yo mezclé un pulpito con mis huevos fritos, le puso un enorme chorro de ketchup, y me lo comí encantado; era un buen plato. Marta y Jorge discutieron incansablemente sobre un «pingo» de pan, luego sobre el derecho a un huevo sobrante, y midieron con un lápiz la banana que les había tocado.

Renato comía en silencio, con apetito y Susana imitaba bastante bien a una dueña de casa.

—Esta mansión no es lo que era antes —me dijo—. Hasta hace tres meses había orden, ustedes no venían y Renato pintaba cosas tolerables.

—Hace tres meses el mundo era imperfecto —dijo Jorge—. Renato no había empezado su cuadro, y yo no había producido mi poema de esta tarde. Encuentro que el cuadro y el poema ponen por fin alguna hermosura en este mundo desagradable. Vos sacá la mano de ese pedazo de pan.

—Tu orgullo poético tiene algo de repugnante filantrópico —dijo Renato, rompiendo un silencio que duraba—. Apenas vomitás un par de imágenes interesantes, te sentís cómplice de Dios, lo ayudás a hacer el mundo.

—Estamos condenados a ser sus cómplices.

—Yo no. Mi pintura se basta a sí misma, se ordena en un pequeño mundo cerrado. No necesita del mundo para ser, y viceversa.

—¡Y hablás de mi orgullo!

—Diferencia entre el orgullo del perro sambernardo y el orgullo del tigre.

—Cuidado que araña —dijo Marta—. Prefiero a Jorgito, puedo beberme su barril de coñac. ¿Dónde lo llevás, perro abnegado? Es cierto que la pintura de Renato peca de solitaria.

—Como él —dijo Susana—. Me asombra que los aguante tanto tiempo, con excepción del Insecto que es inocuo. ¿Llevás adelante tu programa de embrutecimiento voluntario, *il faut s'abrutir* y todo eso? Supongo que estos te ayudan, especialmente Jorge.

—Hacen lo que pueden —dijo Renato sonriéndoles—. Bueno, cuenten alguna cosa, están demasiado dialécticos esta noche. Pulpo y teoría del arte, buen asco.

—Yo vi dieciséis vaquitas por un agujero del toldo —dijo Marta—. Puedo describírtelas como tema pictórico. Empezando por la izquierda había una blanca con manchas negras; al lado otra negra con manchas blancas, y otra negra y blanca; luego un grupo de tres, todas tobianas; después siete a distancias regulares, de ébano y nieve, y finalmente, esperá que saque la cuenta, finalmente tres de nieve y ébano.

—Supongo que el pasto era verde y el cielo azul.

—Exacto. Lo mismo que en tu cuadro del molino roto.

—Jamás he pintado un molino roto —dijo Renato sorprendido.